

Miguel Arroyo Guijosa (1914-1988)

MARIANO HERNÁNDEZ-GORIBAR*

Me siento muy honrado y agradecido a la vez con la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, por la oportunidad que me brinda de recordar con estas palabras la memoria del doctor Miguel Arroyo Guijosa, quien fue mi maestro y a quien le debo la mayor parte de mi formación como especialista.

El doctor Arroyo fue un hombre respetable y responsable por lo que se ganó siempre el afecto de todos los que le rodearon.

Nació en la ciudad de México en el año de 1914, se graduó como médico cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1940. Después de un corto tiempo de práctica médica, sus inquietudes intelectuales, su interés por la cirugía, su capacidad técnica y su humanismo, le permitieron ingresar al Servicio de Otorrinolaringología del Instituto Nacional de Cardiología, donde maduró su natural destreza quirúrgica. Formó parte del grupo de especialistas de esa institución que le dió prestigio, junto con otros, a la otorrinolaringología mexicana. Algunos pensaron por aquél entonces que con el descubrimiento de la penicilina, nuestra especialidad tendería a desaparecer. Lejos de que esto sucediera, la otorrinolaringología se abrió a nuevos campos, hasta alcanzar el desarrollo que ahora tiene. En nuestro medio, el maestro Arroyo contribuyó con su labor al avance de la especialidad. Fundó el Servicio de Otorrinolaringología del Hospital "La Raza" del Instituto Mexicano del Seguro Social del que entre julio de 1955 y enero de 1961 fue su primer jefe. Perteneció a la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología desde su fundación, y fue su presidente en los años de 1954 a 1956. Fue miembro de múltiples sociedades científicas nacionales y extranjeras, entre las que se contó la Academia Mexicana de Cirugía, pero su mayor orgullo fue en 1963, cuando ingresó a esta honorable corporación.

Fue pionero en el uso de anestesia endotraqueal en amigdalectomía junto con otro distinguido académico, el doctor Martín Maquivar.

En su vida profesional tuvo muchos alumnos aunque pocos discípulos, pero a los pocos que tuvo nos brindó siempre todas sus enseñanzas y conocimientos, sin egoísmo ni mezquindad.

Se casó con la señora Ana María Castelazo de Arroyo, con la que formó una ejemplar familia, dos hijas y seis varones, todos ellos profesionistas; los dos mayores son otorrinolaringólogos distinguidos que han llegado a ser, ambos, presidentes de la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología.

Su estado de salud fue siempre bueno pero, en el mes de octubre de 1984, experimentó los primeros síntomas de su padecimiento. Más tarde fue sometido a una intervención quirúrgica que confirmó el diagnóstico de proceso maligno. El diagnóstico se hizo de su conocimiento y él lo aceptó con gran entereza; a partir de entonces su estado general se deterioró poco a poco. El día 2 de diciembre del año pasado murió en su casa rodeado de sus familiares.

La Academia Nacional de Medicina le rinde un homenaje en presencia de sus familiares y amigos cercanos aquí presentes. Al maestro lo recordaremos siempre los que fuimos sus alumnos por sus valiosos conceptos de compromiso que ante la sociedad y ante sí mismo adquiere el médico, de que la honradez y la verdad deben prevalecer en todos los campos.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 18 de marzo de 1989.

* Académico numerario.